

LECCIÓN INAUGURAL^{*}

UNIVERSIDAD SIMÓN BOLÍVAR

Rafael Caldera

Es muy emocionante poner a andar una universidad. Doblemente lo es para quien ha consagrado largos años de vida, de preocupaciones y de esfuerzos a las tareas de la enseñanza universitaria y aún más: esta emoción toma significación especial en la vida de un venezolano porque se trata de un instituto universitario que comienza a funcionar con el nombre inmortal de Simón Bolívar. Simón Bolívar maestro por excelencia, porque él enseñó los mejores rumbos a la América, forjador no sólo de naciones, sino de conciencias, dirigidas no únicamente al momento excepcional en que le correspondió vivir, sino a las generaciones venideras. La denominación “Simón Bolívar” la tomó esta universidad por decreto del Gobierno que presido. Con ello quisimos sumar un nuevo título a los actos de reconocimiento que el país, permanentemente, debe hacer a la memoria del Padre de la Patria. Colocar un ejemplo señero en la conducta de las autoridades, profesores y alumnos de esta institución y, al mismo tiempo –no debo dejar de mencionarlo– mostrar un acto de cordialidad hacia la Universidad Central de Venezuela, nuestra querida “Alma Mater” cuyas glorias han servido para exaltar nuestras más altas preocupaciones y cuyas vicisitudes en lo más hondo de nuestro ser.

Quisimos que no se pensara que a través de una también honrosa y elocuente designación, el nombre de la Universidad de Caracas se quisiera sustraer a lo que en cierto modo puede considerarse como el patrimonio espiritual del “Alma Mater” donde se forjó un humanista de la talla de Andrés Bello y donde nació con pie firme el proceso jurídico de la Independencia de Venezuela. Quiero en este momento decir una palabra de estímulo a quienes con gran entusiasmo, han recibido el encargo de poner a andar esta Universidad. Quiero dentro de ese reconocimiento comprender a los fundadores de la misma, al señor Presidente Leoni por cuyo decreto comenzó la vida jurídica de la Universidad, al Rector Lares Martínez aquí presente con nosotros, y a todos aquellos que sumaron su voluntad y su entusiasmo para esta obra que sabemos va a rendir inmensos servicios a la cultura y al desarrollo de Venezuela.

^{*} Lección Inaugural dictada el 19 de enero de 1970 en la Universidad Simón Bolívar por el Presidente de la República, Dr. Rafael Caldera, en su doble condición de Magistrado y Profesor Universitario.

Esta es una Universidad que nace con claros objetivos. Objetivos impuestos por la hora que nos corresponde vivir. Sus estudios marchan principalmente por los senderos de la técnica y sienten vigorizarse en su deseo de actuar por la angustia del vacío tecnológico que nos separa de los grandes países desarrollados, y que nos exige movernos con decisión para presentar dentro de nuestra nación una imagen de país moderno para construir bases realmente sólidas sobre las cuales pueda desarrollarse nuestro futuro. No quiere ello decir, sin embargo, que esos estudios técnicos vayan a menospreciar el fundamento básico de toda cultura, el sentido humanístico de la enseñanza superior, la concepción del hombre y del espíritu, el deber de buscar la verdad y de armonizar en pos de ella todos los esfuerzos.



Rafael Caldera, Presidente de la República

Quizá por esta misma circunstancia, resulta más oportuna que nunca la cita del discurso que me atrevería a llamar imprescriptible con el cual el gran caraqueño Andrés Bello inició las tareas de la Universidad de Chile. “Lo sabéis señores –dijo él– todas las verdades se tocan: desde las que formulan el rumbo de los mundos en el piélagos del espacio, desde las que determinan las agencias maravillosas de que dependen el movimiento y la vida en el universo de la materia, desde las que resumen la estructura del animal, de la planta, de la masa inorgánica que pisamos; desde las que revelan los fenómenos íntimos del alma en el teatro misterioso de la conciencia hasta las que expresan las acciones y reacciones de las fuerzas políticas, hasta las que sientan las bases inmovibles de la moral, hasta las que determinan las condiciones precisas para el desenvolvimiento de los gérmenes industriales, hasta las que dirigen y fecundan las artes. Los adelantamientos en todas las líneas se llaman unos a otros, se eslabonan, se empujan”. Esta frase podría servir de programa a una

Universidad que surge en un país en vías de desarrollo, buscando encauzar la preocupación de las nuevas generaciones a las carreras técnicas, cimentándolas sobre una concepción clara y neta del hombre, de la moral, de la cultura. Por esta razón la Universidad "Simón Bolívar" comienza con estudios generales, en los cuales disciplinas humanísticas y técnicas tratan de formar la capacidad del estudiante y se realizan a través no sólo de las aulas de los seminarios, sino de institutos de investigación que en variados órdenes buscan penetrar hondamente la realidad venezolana.

Hablaba Bello, en su discurso inaugural de la Universidad de Chile, de la necesidad de adaptar los conocimientos al país, de penetrar la realidad, de canalizarla, de superarla. Esta norma está presente y viva en la orientación de quienes guían la Universidad Simón Bolívar. Y cuando ella nace yo quiero aquí, en nombre del Estado venezolano que la crea, despojarla de todo sentido negativo, presentarla en su actitud de afirmación positiva. Es una nueva universidad que no viene a desconocer ni a negar la tarea que incumbe a las demás instituciones universitarias en la vida de Venezuela, sino a suplir nuevas posibilidades, nuevos campos, nuevas vías, nuevos enfoques para complementar el deber de la formación universitaria, cada vez más importante y grave en un país que se afana por conquistar el porvenir. Tenemos que reconocer, que a medida que la población crece, a medida que la participación de los habitantes se generaliza en las ramas primaria y media de la educación, a medida que la participación del pueblo es mayor en el tesoro de los conocimientos, hay que buscar posibilidades de vida a nuevas organizaciones e instituciones universitarias que vayan ofreciendo, diversificando y supliendo las posibilidades para que la cultura se difunda y se afiance.

No podemos pensar en que la solución de los problemas universitarios esté en la masificación de la enseñanza universitaria. No podemos considerar como ideal la separación, cada vez mayor, entre el docente y el alumno. No podemos encontrar como método para la formación de hombres el de exámenes reducidos a cuestionarios que parecen acertijos ni el que se pueda calificar a través de procedimientos electrónicos la capacidad, la formación y la preocupación de un hombre que va a cumplir un gran deber en el seno de la sociedad. Estamos orgullosos del carácter cada vez más definitivamente popular de la educación superior en Venezuela. Tenemos conciencia de lo que significa la gratuidad de la enseñanza universitaria a pesar de sus graves dificultades y problemas. Tenemos a orgullo el encontrar en las viviendas más humildes, en los ranchos a los cuales no ha llegado todavía la plenitud del proceso social, la esperanza de participación activa que resulta para la familia humilde el estudiante en el liceo y en la universidad. Estas son conquistas de nuestro país que en ningún momento podemos comprometer, que tenemos que afianzar y fortalecer.

Tenemos que saber que los sectores dirigentes han de surgir de todas las clases sociales, que la clase más numerosa debe participar cada vez más en ella, para poder ejercer desde allí una tarea que beneficie a todo el mayor número de venezolanos. Por esta razón, al nacer la Universidad "Simón Bolívar", quiero significar también que si en algún momento pueda considerarse como un instituto de selección, será por la capacidad, por la dedicación al estudio, por la voluntad y el esfuerzo, pero deseamos en el momento en que la vemos ya tomando carne de vida y realidad que ella sea una Universidad llena de los hijos del pueblo, que vengan a traer las inquietudes del pueblo y a forjarse en los conocimientos indispensables para utilizarlos en el sentido de la transformación, del progreso y del mejoramiento del pueblo venezolano.



Rafael Caldera, Ernesto Mayz Vallenilla y José Antonio Pérez Díaz

Queremos que aquí, eso sí, el alumno y el profesor estén lo más cerca posible, que se establezca entre ellos una comunidad respetuosa y fecunda, que surja de ese contacto una visión clara de la tremenda responsabilidad que los sectores universitarios tienen en esta hora histórica en que nos preparamos a pasar del subdesarrollo al desarrollo. Porque no podemos olvidarlo, aunque nos duela repetirlo: si no somos capaces de formar, de capacitar, de darle sentido de seriedad, de trabajo, de responsabilidad y de técnica, a las generaciones

universitarias, estaremos comprometiendo, irremediablemente, la verdadera soberanía nacional. El mundo que tenemos por delante es un mundo que reclama gente capacitada, técnicos en gran número, responsabilidades capaces de ejercerse con eficacia. Si no logramos formar en las nuevas generaciones, los equipos para hacerse cargo de los problemas que el desarrollo plantea, la necesidad social nos llevará a un colonialismo peor que todos los demás colonialismos. Vendrán los técnicos de cualquier parte, de un continente o de otro continente, de una latitud o de otra latitud, y vendrán desgraciadamente no a interpretar y a realizar las posibilidades efectivas de nuestro medio, de nuestra población, sino a importar concepciones, ideas, cartabones que chocarán con nuestra idiosincrasia y que harán más difícil el desarrollo pleno de nuestra personalidad nacional. Por eso queremos una Universidad seria, una Universidad eficiente, una Universidad exigente, donde profesores y autoridades no cedan a la tentación de buscarse la simpatía de los alumnos a través de la relevación de sus fundamentales responsabilidades. Y esto lo digo aquí más que como Gobernante como Profesor, con la experiencia que mis colegas en la docencia han compartido, plenamente, de que aquellos profesores que trataron de ganarse el cariño de los discípulos relevándolos de sus deberes, haciendo un simulacro vergonzoso de las pruebas de capacitación, tratando de ignorar sus incumplimientos en el campo de sus deberes, nunca lograron el aprecio efectivo de las nuevas generaciones que en el fondo y a pesar de todas las cosas, se sienten dominadas por una necesidad irremediable de justicia.

Queremos, pues, una Universidad que contribuya a la lucha contra un mal cuya crítica hemos visto expresada por profesores cuyas concepciones, cuyas ideologías, cuyas posiciones varían extraordinariamente y muchas de las cuales no coinciden con las nuestras. La lucha contra el facilismo que es traición a la universidad, que es traición al pueblo, que es traición a la patria, porque graduar estudiantes que no aprendieron la virtud del trabajo, que no adquirieron el sentido de la responsabilidad, que no recibieron los conocimientos sino que apenas pudieron defenderse con exposiciones aparentes para lograr los títulos, es entregar el pueblo, el país, las necesidades de la patria en manos de gente incompetente que no será capaz sino de llevarnos al fracaso.

Por eso espero en el seno de esta Universidad una actitud profundamente responsable, y esto lo digo con el sentimiento más hondo de que en todas las instituciones universitarias del país la lucha contra el facilismo, la lucha por el sentido de responsabilidad, la lucha por la exigencia y por el rendimiento, es una lucha que debe estar por encima de todas las banderías y que debe constituir preocupación solidaria en todos los que tengamos sentido de la Universidad.

Que en esta Universidad la libertad sea un hecho claro, firme y permanente; que se recuerde que en la libre confrontación de las ideas está la base y fundamento del progreso y de la institución universitaria, que se eduque en todos los participantes de la Universidad el respeto por todas las ideas, la convicción de que ellas no pueden combatirse sino con ideas y de que la forma de presión o violencia que cierre la voz a quienes tengan algo que decir es la negación misma de la institución universitaria.

Dentro del proceso de las universidades experimentales, estamos sinceramente empeñados en una marcha clara hacia la autonomía. La Universidad de Oriente está iniciando una etapa dentro de la cual las propias autoridades van a salir de la voluntad de la comunidad universitaria. Es una grave responsabilidad y sabemos que el país tiene sus ojos puestos sobre esta situación. Sabemos que para incontable número de venezolanos la palabra autonomía ha venido a ser algo que desvirtúa su sentido y su finalidad esencial. Hemos escuchado la observación muy válida de que algunos pretenden confundir autonomía y soberanía.

La República es soberana, la Universidad es autónoma, autónomo es el Municipio, autónoma es la Judicatura, autónomos en un grado menor son otros institutos creados por decisión del Estado. Soberana es la República, ella es la que resume la existencia misma de la comunidad nacional y la expresión de la voluntad popular. No hay ninguna autonomía en Venezuela que pueda presentarse segregada del imperio de las leyes de la República, de la jurisdicción de los Magistrados de la República, de la obligación de acatar y respetar las instituciones y el Gobierno legítimamente existente en la República.

No hay ninguna parte del territorio nacional que pueda considerarse segregada del mismo. Autonomía no es extraterritorialidad. No existe dentro de la concepción de ningún Estado, ni mucho menos del Estado democrático, la concepción de algo que pueda sustraerse y segregarse de las normas fundamentales que establecen la vida y las relaciones de convivencia entre los asociados. La soberanía está en la República, y aun ella está condicionada por los principios del Derecho de Gentes, por los altos intereses de la humanidad, por las normas aceptadas de la convivencia internacional.

Por esto no es un secreto para nadie la profunda inquietud que en todos los venezolanos, especialmente los padres de familia, existe en relación a las torcidas interpretaciones que pueden darse al concepto fundamental de autonomía, en un momento en que transformando el mundo sus estructuras y sistemas para las conquistas de nuevas formas de vida, esas inquietudes de transformación se dejan sentir también de manera especial en las instituciones de Enseñanza Superior.

Yo creo que el proceso largo y difícil ha servido para ir forjando conciencia. Irremediamente optimista como soy y obligado a serlo especialmente en relación a algo

tan delicado y tan íntimo para todos nosotros, como lo es la comunidad universitaria, abrigo la esperanza de que en el seno mismo de ella todos aquellos vean en la Universidad la representación más alta y eminente de la vida del país, el crisol donde se han forjado y donde deben forjarse los hombres y las generaciones para rendir un tributo de responsabilidad a la República. Los que no vean en la universidad un instrumento para lograr intereses inmediatos y parciales por encima de la hermosa pluralidad democrática, que es tanto más hermosa cuanto que tiene su propio hogar en la comunidad universitaria, sentirán el llamado de una responsabilidad. Una responsabilidad que debe surgir del propio seno de la vida universitaria, porque la universidad dejará de serlo, y ha dejado de serlo, en aquellos lugares donde se la gobierna desde arriba regimentada de acuerdo con determinadas concepciones o caprichos, y lo es verdaderamente cuando de ella emana como manantial el agua pura y limpia que apaga la sed de la ignorancia, que refresca las ideas y los conceptos y que le da a los caminantes la posibilidad de marchar hacia arriba.



Rafael Caldera, Ernesto Mayz Vallenilla, José Antonio Pérez Díaz y Cardenal José Humberto Quintero

El país tiene conciencia de esto, y el Gobierno en representación suya, espera y confía en que la Universidad "Simón Bolívar" será un nuevo factor positivo, de adelanto, de progreso, de diversificación, de afianzamiento, reconquista de ideales y de objetivos. El reto de nuestra generación es el reto del desarrollo. El desarrollo es una palabra hermosa y fascinante pero detrás de ella se abre la complejidad de las técnicas, de los conocimientos,

de los procedimientos. No podemos conquistar el desarrollo solamente a base de buena voluntad; tenemos que conquistarlo a base de estudios, de preparación, de formación, de coordinación de voluntad. Las Universidades tienen que hacer su más noble papel coordinando sus actividades y sus fines, logrando toda la aportación de sus mejores recursos, para que el desarrollo sea una realidad armónica, integral. El desarrollo para todo el hombre y para todos los hombres; el desarrollo para el hombre que no es sólo un sujeto de la economía sino que es también el dueño irrenunciable del espíritu, y el desarrollo para todos los hombres, lo que requiere utilizar recursos limitados hasta el máximo de sus posibilidades creadoras para hacerlos llegar al beneficio del mayor número, y especialmente de los que demuestran, con su paciencia y con su fe, una más alta y generosa calidad.

Aquí estamos ante un momento singular en la historia de nuestro país y del mundo. Venezuela se asoma con modestia pero con conciencia de sí misma ante la comunidad de Naciones de América Latina. Estoy seguro de que todos los países hermanos recibirán con complacencia la noticia de que una nueva universidad, con el nombre de Simón Bolívar, se entrega con entusiasmo en Venezuela a participar en la conquista de los años que vienen. El nombre de Bolívar pronunciado con respeto, con admiración y con cariño por todos los habitantes de este continente, es el talismán que le abrirá a esta Universidad lo más amplios horizontes.

Yo formulo, en esta mañana memorable, los votos más sinceros en nombre del Gobierno que presido, los que salen del fondo de mi alma, para que la jornada de hoy se multiplique muchas veces más y para que el tesoro que significa tener el nombre de Bolívar no sólo no sea mancillado sino cuidado, pulido, cultivado para que él aliente los mejores impulsos de quienes en esta comunidad universitaria trabajan, y para que ellos contribuyan a resolver el gran problema de que nuestra educación superior corresponde de lleno a las necesidades y a los anhelos de la Patria.